



EDITORIAL

En la Educación encierra un tesoro: Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre Educación para el siglo XXI, se subrayan cuatro pilares fundamentales para una nueva educación en el siglo XXI: aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a vivir juntos y aprender a ser. El sentido de esta propuesta, es construir un lineamiento para un nuevo paradigma de la educación, sobre la lógica dialéctica de la transdisciplinariedad.


Hoy se habla en los círculos académicos de la transdisciplinariedad y esto porque el mundo se ha vuelto más complejo y hemos entrado en un entramado social cargado de interrelaciones e interconexiones que atraviesa todas las dimensiones de la vida humana, la biológica, psicológica, social, económica, política, cultural y ecológica. El enfoque epistemológico tradicional, basado en el paradigma lógico-positivista, o Racionalista-Deductivista, usado para la investigación científica, ya no es suficiente para dar respuesta a las nuevas realidades de la sociedad del conocimiento. La transdisciplinariedad nos indica entonces ir más allá de lo que tradicionalmente ha sido la monodisciplinariedad; que enfatiza el conocimiento dentro del ámbito de una sola disciplina y donde se utilizan métodos y técnicas con enfoques epistemológicos que aíslan los elementos o partes del todo, reduciendo su nivel de complejidad y dejando los fenómenos estudiados sin posibilidades de conexión o

relación.

Aún, cuando en los procesos de producción del conocimiento los equipos de investigación logran la interdisciplinariedad y la multidisciplinariedad, siempre se sigue pensando en términos de la hiperespecialización y la fragmentación del conocimiento y no en un proceso de integración de saberes y de sus resultados o hallazgos con visión de conjunto.

Por su parte, la transdisciplinariedad, de muy escasa aplicación dentro de nuestras universidades, es de carácter complejo, por la integración teórica y práctica, pero sobre todo por el desafío que representa la creación de un nuevo mapa cognitivo y enfoque epistémico. Esto quiere decir, que no se trata sólo de la integración de saberes o de la unidad del conocimiento, sino de la autotransformación de la ciencia para que se plantee como un arte de vivir, es decir, un conocimiento como ética y estética. El instrumento operativo de este arte de vivir es el diálogo, convertido en metalenguaje donde convergen todos los saberes disciplinares bajo un paradigma epistemológico holístico.

La transdisciplinariedad es una manifestación de la investigación y producción del conocimiento en las universidades a lo largo del siglo XX, sin embargo, es el viejo anhelo por el conocimiento totalizador, universalizante, que nos viene de los antiguos filósofos griegos, que buscaban



explicar y reparar el rompimiento de la unidad del cosmos en la contemplación del Uno, dentro de la multiplicidad de acontecimientos. De hecho la filosofía nace del luto de la unidad en la separación y la incoherencia.

Este anhelo totalizador e integrador de saberes, ha tenido sus diversas expresiones. A inicios del siglo XX se hicieron los esfuerzos por una educación general, que contrarrestara la fragmentación del conocimiento. Una segunda manifestación provino de la defensa de la territorialidad epistemológica o jurisdicción académica por parte de los especialistas, que bloquearon la intromisión de científicos de otras áreas, lo que llevó a la formalización del lenguaje científico y a una jerga que impidiera el acceso del profano invasor. Y una tercera

manifestación estuvo marcada por el cierre del paso a los invasores académicos, a las revistas científica especializadas; lo que habría obligado a la creación de revistas interdisciplinarias o transdisciplinarias.

El desafío por delante es enorme y no exento de obstáculos que superar. No estamos habituados a un pensamiento transdisciplinario, con categorías y conceptualizaciones de un paradigma sistémico, dialéctico, gestáltico o del conocimiento generado de la percepción estereognósica.